



**Luis de Guevara**

### **Los hermanos amantes**

¡Oh si los sangrientos dejos de mi pluma en este caso que presento a los ojos del mundo (trágico, como acontece en todos los que son efecto de un desatinado amor) dejaran impresos los desengaños que pretendo en los corazones de los que tienen por su Dios a este tirano a quien idolatran, aun no tuviera por malogrado mi trabajo! Pero haga el efecto que quisiere, así pasó.

En una ciudad de las que sirven de preciosa margarita a la corona de España (poco importa referir el nombre) vivía Elisa, dama de gran donaire, de peregrino ingenio, de gallarda hermosura y de mediana hacienda, que todo junto podía calificarla de doncella rica, que justo es que las prendas de la virtud entren al número del dote. Esto era, en cifra, lo que Elisa era a los ojos del mundo y lo que della se decía en boca de los que la miraban. Y como, según el Filósofo, hemos de conformarnos en el hablar con lo común, así la describo. Porque en su idea esta dama se tenía por extremada en las gracias, por divina en el ingenio y por deidad en la belleza. Ella era, en efecto, tan amante de sí propia que venía a tener tal vez cuando se oponían sus donaires en su entendimiento, amados de su voluntad, celos de sí mesma. ¡Gran error de la belleza! Los galanes que hacían más pomposa la rueda de este hermoso pavón eran muchos y los más ocasionados de ella, que se hacía no avarienta de su belleza. Por galanteo la enamoraban, lo que no presumía Elisa que, embarazada en tantos cuando repartía favores a muchos, tal vez se hallaba sin cintas, tal sin guantes, que esto es lo que enlaza los amantes primerizos. Por estas ocasiones

había de ordinario muchas peticiones en su calle y los hierros de sus balcones atestiguaban el yerro que hacía en comprometer en aquellas prendas su voluntad en tantos, pues ellas habían de jurarla por falsa o por cautelosa y de doble trato. Mas ella no trataba más que de asistir a la ventana y pocas veces la almohadilla era empleo de sus manos.

Tenía Elisa una amiga y criada, tan conforme a sus gustos, tan compañera de su condición, que en vez de irle a la mano, a fuer de buena criada y de amiga de estos tiempos, la inducía a tropezar y la encaminaba a caer, apoyándole siempre sus locos devaneos. Con ésta, pues, consultaba sus secretos que se encaminaban todos a desprestigiar a los amantes que le servían de respeto a la calle. A éste desechaba por altivo, a aquél por pobre, a uno por mal de talle y a otro porque no le parecía bien. En fin, su entretenimiento era poner faltas en quien no las había para el fin que ella pudiera pretender. Lo cual llegaron a saber los amantes, porque la criada era espía doble de sus pensamientos y a unos y a otros daba oídos y consejos, avisos y desengaños. Con que, desdeñada Elisa, estuvo menos soberbia y más reconocida. Tenía un hermano, a quien llamaremos don Fernando, no muy escrupuloso en la honra aunque, como notaba espadas en su calle, músicas, galanteos y galanes, vino a dar en la causa. Y buscando muchas noches lo que presumía lo halló fácilmente, que siempre quedó alguno a quien el fuego de los ojos de Elisa daba batería interna. Por donde al otro día, o por envidia, celos o recato, sin decirle cosa alguna, dio con ella en la reclusión de un convento, en donde se obedecía por prelada una tía suya. No supo Elisa lo que había acontecido, pero como no era para siempre la clausura ni el convento era de los más encerrados, fácilmente a la sombra de su tía bajaba a alegrarse a las rejas y proseguía con sus liviandades. Y como no la guardaban para monja, aunque tal vez le examinaban la voluntad, poco se les daba a las religiosas las travesuras de la encomendada.

Tenía don Fernando otro hermano, llamado don Baltasar, fuera de la ciudad en una casa de campo, al cual fue a consultar los desenfados de la hermana. Y cuando imaginaba que él le apoyaría la clausura, le halló adverso tanto a ella que le dijo:

-Hermano, esto que me habéis contado es todo niñería y que sucede casi siempre a la más virtuosa doncella. Porque ¿qué culpa tiene ella si sus galanes se acuchillan o qué causa da el ser hermosa para ser culpable? Y aunque la belleza es un escándalo común, pero la misma tiene un veneno y una ponzoña que los puso Dios en el mundo para la variedad que le acarrea hermosura, sino que los hombres usan mal dellos. Y así soy de parecer, pues al parecer del mundo habéis puesto dolor en el honor de nuestra hermana encerrándola, que la saquéis de donde está y la llevéis a vuestra casa.

Esto oía el hermano con harto gusto por lo que se verá, y con mayor lo decía don Baltasar por lo que oiremos. Pero en las razones deste infierno que debía hablar malicioso o ignorante: no hay libro que no diga que la hermosura, ya que no es delito en quien la tiene, por lo menos se ha de recatar como si lo fuere. Septimio Florente Tertuliano dice: «Del mismo don de la hermosura, se ha de avergonzar la que lo es», en que casi da a entender que es culpa la hermosura. ¿Qué pechos y corazones castos no atropelló este contagio dulce? ¿Troya no estuviera en pie? ¿Grecia no

reinara? ¿Y las cinco puertas de Tebas no se sustentaran en sus quicios a pesar del tiempo? Pero (pues hablo con españoles) ¿a quién el suceso de la hermosa Florinda sirve de desengaño y escarmiento? Ociosos son los ejemplos. Mas de los efectos echaremos de ver que no era ignorancia sino malicia la que movía la lengua de don Baltasar. Llevóse a Elisa a su casa don Fernando, ordenando primero con el hermano que mudase la habitación a la ciudad respecto de exhortarla y advertirla lo bien que le estaba el recato. Lo cual hizo de muy buena gana no faltando en éste ni un solo día en los pocos que estuvo con ella, con que don Fernando vivía seguro de sus antiguos recelos. Y un día que más que nunca puso los ojos en la hermosura de su hermana, le pareció que no pudo hacer mayor asombro la varia dibujadora de las bellezas. Miróle la rubia madeja y en un punto la dio título de soberana, excediéndola a la que servía de diadema al sol; contempló la espaciosa frente y encumbróla luego al atributo de cielo cuando ésta sin los lunares de sus estrellas; suspendióse en las imperiosas cejas que luego se le figuraron dos divinos rasgos que dejó la artífice naturaleza para dar a entender ser ella quien hizo aquel general arrobo; elevóse o, por mejor decir, perdióse en los ojos y aquí ni supo a qué compararlos, no a qué excederlos porque su fuego no templado al modo común sino a lo tirano, dando de sí resplandores, no dejaba discursos que obrasen ni entendimientos que se luciesen. No digo que fuera tan hermosa Elisa, pero pareciósele a don Fernando, que hay mucha diferencia -y más en el amor- de ser a parecer. ¡Considérese con tantas flechas cual se debió poner el corazón de don Fernando! Mas ¿qué es esto? ¿Nunca había visto a su hermana? ¿Jamás tuvo noticia de su belleza? ¿Y no pudo echar de ver que no era tanto como imaginaba? Mas ¿qué le queréis? Miróla con amor y aunque fuera menos bella le pareciera la diosa adorada en Chipre. Pero digámosle a don Fernando que recate los ojos y aparte la vista de tan mortífero basilisco, que en el camino del amor quien cierra los ojos no tropieza y tropieza quien los abre; si bien ya no hay remedio, que la voluntad que es ciega le gobierna. Y así, en fe de la que ya pasaba de voluntad, la tomó una de sus blancas manos con excusa de llevarla a ver en el cuarto suyo un curioso retrato que había mandado hacer de ella misma a un gran pintor para mejor contemplar lo que adoraba sin el estorbo de los rayos de los ojos que cual soles deslumbraban los suyos. Fue el tocarle la mano para don Fernando lo mismo que agotar el que bebe veneno toda la ponzoña al vaso. Enamoróse en efecto de su querida hermana con tan arrebatada determinación que desde entonces entendió hacerle de galán. Salía de casa al anochecer y discurría la calle de su dama quitando con la espada los estorbos todos de los antiguos amantes, que ya que el honor no lo hizo valiente hízolo el amor.

Y una noche que, idolatrando los balcones de su casa (porque tal vez gozaban de Elisa), salía ella para hacer oficio de Luna hermosa, le dijo así el determinado mancebo:

-Yo soy un caballero de esta ciudad noble y por el nombre sabréis si lo soy. Llámome don Pedro Ponce; estoy tan enamorado de vuestra divina belleza que no sólo he propuesto el adoraros sino, como otro Alejandro, romper con la espada los ñudos que en los otros amantes me estorban arrobarme en vuestra venerada hermosura. Y esto será de aquí adelante con mayor ufanía, si sé que tenéis gusto de que me coronen vuestros soberanos

favores; aunque por el recato del vulgo y de la ciudad y porque no den en quién es el que de noche les estorba sus glorias y guarda vuestras ventanas de día me retiraré a sentir vuestra ausencia y de noche acudiré a ser Endimión de tan divina Luna. No fiándome tampoco de criados, pues supongo que por leales que sean implica con ellos el silencio, esto dado hasta que al vínculo del matrimonio rindamos cerviz.

En extremo agradó el galán a Elisa, y más el recato que prometía porque, como escarmentada, se guardaba de que su hermano supiese de sus entretenimientos. Prometió favorecerle con tal que ablandase con el tiempo y con finezas la dureza de su recato, y esto con presupuesto del matrimonio, que de otra suerte ya estaba bien advertida de lo mucho que prometían galanes y lo poco que cumplían; que estuviese cierto que él solo sería el único blanco de sus potencias y el norte de sus deseos y, porque era ya muy tarde, le pidió licencia para recogerse. Despidióse don Fernando, sumamente enamorado de ver el progreso de su amor, y rodeando la calle se entró a [a]costar en la misma casa de su dama y hermana, lo que hacía siempre. Elisa, presupuesta ya la lealtad que había de guardar al nuevo objeto de sus gustos, empezó a dar de mano a todo lo que no parecía su imaginado don Pedro. Parecíale discreto y representábasele galán y valiente, cosas que, como era entendida Elisa, con realces la enamoraba cada día.

Tenía amistad estrecha don Fernando con el verdadero don Pedro y tanta que no se vestía gala don Pedro que no la vistiese don Fernando ni color que no lo fuese de ambos. Y así, fácilmente engañada la dama, vistiéndose sus colores don Fernando, los vestía don Pedro, y ella juzgaba que eran finezas de su amor: así en los torneos, en las cañas, en los toros y en todo donde concurría la nobleza, iguales en colores iban don Pedro y don Fernando, y lo que en aquél era pura amistad en éste era solapada malicia. Y como don Pedro reconocía como hermana de don Fernando a Elisa, galán la veneraba y festivo la aplaudía, cosa que ella torcía a su pensamiento. ¡Oh, cuán ajenos de la verdad estaban todos! Sólo don Fernando era la fragua donde se forjaban todos estos enredos, que como tenía el fuego tan dentro de su casa y lo iba también a buscar fuera, es poca comparación decir que su pecho desafiaba los ardores del Etna. En la mesa vía a su hermana, en los retretes, en las salas y en todo cuanto miraba la cebaba los ojos para nuevos deliquios de amor el divino rostro de su querida Elisa, y aunque ella no estuviera delante estaba tan llena su memoria que cuando más solo más la tenía presente. Y para manifestar más de veras sus tormentos inevitables, una noche que supo de la boca de Elisa que la siguiente había de hacer compañía a Estela, prima suya, hermosa y noble, le prometió que iría debajo las ventajas de su casa a cantarle sus sentimientos. Agradecióselo Elisa y don Fernando, dando la letra a su amigo don Pedro, contándole que tenía amores con Estela, le obligó a que se le cantase, que decía así:

Selvas no os convoca ahora,  
pues que no tenéis oídos;  
no os llamo tampoco bosques  
que no es mi amor para riscos.  
Para la gloria que alcanzo,  
para el gusto y gozo mío,

discretos oyentes quiero  
que admiren lo que aquí pinto.

Y aunque serlo presumís  
por el silencio sombrío,  
sois en efecto villanos  
y de vosotros no fío.

A vosotros sí, que al Alba,  
dulces de amor Cupidillos,  
saludáis con consonancias  
y enamoráis con los picos.

Mis dulzuras manifiesto,  
mis alegrías publico,  
manifestadlas también  
y publicadlas conmigo.

De aquella hermosa zagala,  
de mis sentidos prodigio,  
de mis potencias arrobo  
y blanco de mis suspiros.

Depuesto el duro desdén  
y a sus claros soles miro,  
que desde mármol a nieve  
ya hay espacios infinitos.

Ya dice que soy su sol,  
y de mis rayos no tibios  
gusta de ser abrasada;  
veneradla pajarillos.

Ya con belicosa paz  
la palma da a mis martirios,  
Ángel de nieve y de fuego;  
dulce festejadla, amigos.

¡Oh secretos de amor,  
oh prodigios,  
que cristales derriten,  
que ablandan riscos!

Sumamente dio gusto a Estela el músico y no sé si la letra. De Elisa no hay que decir, porque desde entonces, con mayores veras dedicó el alma a su imaginado don Pedro. Al cual pidió Estela cantase alguna otra letra pues la destreza de su voz daba licencia para dar por bien logrado cualquier atrevimiento. Hízolo don Pedro de lo primero que le vino a la memoria, que acaso fueron estas dos décimas que parecían cortadas a la medida del amor secreto de don Fernando:

    Mi desdicha es la mayor,  
pues puesto en la mayor dicha  
se vuelve en mayor desdicha,  
siempre de mal en peor:  
en mi gloria está el dolor,  
en mi bien está mi mal

y con pena desigual  
mi daño está en mi remedio,  
de suerte que sólo es medio  
el morirme de inmortal.

Si la gloria, si el contento  
está entre daños mayores,  
como el áspid entre flores  
se disimula mi aliento:  
ni vivo de lo que siento  
ni lo que padezco lloro,  
ni me entiendo ni me ignoro,  
sólo sé que quiero bien  
y que quiero bien a quien  
cuando mía, ajena adoro.

Gratos hacía extremos la agradecida Elisa a su suerte, encareciendo lo mucho que había granjeado en las altas partes de su galán, que la música eleva los sentidos con gracia particular y da por verdadero sentimiento lo que se canta, aunque se dice cantando. Llamólo dándole parabienes graciosos de la voz y don Fernando, dejando en centinela a su amigo don Pedro, fue a recibir favores de su dama, no escasos, pues se midieron de palabra con su amor.

En estas cautelas pasaba los días el imitador de Amón y los dejaba pasar así para ver si el tiempo destruiría aquel mal nacido amor de su pecho. Mas ¿quién vio remediarse un amor con la causa tan presente? Mal le parecía a don Fernando lo que intentaba, que la razón tal vez llegaba a alumbrarle el entendimiento. Pero servía de poco, porque el viento de la voluntad cuando hace navegar en popa en el mar de sus desatinos el alma, extingue la luz de todo buen entendimiento. Y ya reconocía que si no había ausencia era imposible el olvido de la peregrina hermosura tan por su mal mirada. Intentábalo en una casa de recreo que tenía muy cerca de la ciudad pero allí le daban arma, más que de prisa, escuadrones de celosos pensamientos, que como miró a Elisa algún tiempo algo libre de las mudanzas, lo mismo imaginaba entonces. No le contentaba la música dulce de los diestros pajarillos, no la vista de los retorcidos y frondosos árboles, no la corriente apacible de un músico arroyuelo que, por lisonjear algunas flores, hacía carreras por el prado como jinete galán. Aunque subiendo por lo alto de un valle en busca del nacimiento de una fresca fuente vio casi entre el corriente vidrio de ella una hermosa zagaleja que se quejaba a sus inquietos cristales de su hermosura no bastaba a enamorar un ingrato pastor, causa de sus ansias. Pareciéndose bien aun ella misma, y con ser verdad que algún día él estuvo enamorado de ella, unos ojos verdes de otra pastora más venturosa (no más bella) se lo hurtaron. Cosa que la hacía dar gritos por aquellas selvas, aunque en parte, con el empleo que pensaba hacer de otro pastor, si no tan galán como su perdido zagal más amante de sus donaires, mitigaba su llanto y recogía sus malogradas perlas. Notó el remedio don Fernando, y sin quebrar el hilo de sus lágrimas a la donosa zagaleja (que no es piedad interrumpir lágrimas de amor, pues siendo cada una un globo de fuego, cada una que sale alivia el pecho de aquel inexplicable tormento), volvióse a la quinta

y de ella a la ciudad, en donde quiso enamorarse de su prima Estela. Mas amor, que tiene el particular gobierno suyo en la tiranía, ni deja a los que quieren enamorarse ni a los que no quieren permite que no se enamoren. ¡Oh razón de estado, la más tirana de cuantas tiene la política de esta Monarquía! Lleno estaba el pecho de don Fernando de las altas prendas de su, al parecer, divina hermana. No bastó cuanto intentó para borrarla de los bronces del alma, pues guarda las ideas tal vez más de lo que se quisiera. Favoreciólo Estela con llaneza de primo y él con la misma tibiamente proseguía, más por ver si era bastante a detestar el retrato de Elisa que por su hermosura: mirábale los ojos, y aunque los hallaba atractivos pero no tan en el sumo grado que en Elisa experimentaba; consideraba las rosas de las mejillas, mas hallaba diferente púrpura en las de su hermana; y las flechas que de los arcos de sus cejas despedía Estela no le picaba[n] tanto de mucho como los que vibraba la sin par Elisa. En fin, tras poco tiempo de proseguir con Estela y de no faltar a las noches a la calle de Elisa, se cansó de la primera, no por necia ni por fea, y prosiguió más desatinadamente con la segunda por más querida de sus potencias. Y para más abrasarse de una vez en las llamas de su torpe amor le dijo desde la calle a la ventana estas palabras:

-Bien imaginareis, divina señora, que lo que voy a decir ahora es efecto de mi amor, que se canse de conquistar las almenas de vuestro recato. Y no será así porque os adoraré siglos sin más interés que la gloria de miraros, que no es poco premio del Sol dejarse mirar sin ofender a quien lo mira. Mas ya sabéis que amor sin la posesión es muerte del alma y pues decís que amáis no quiero yo, dueño mío, veros morir a manos de una esperanza en duda. Yo deseo nuestro desposorio. Y pues sabéis la amistad que tengo con vuestro hermano yo se lo pediré y fío que veremos presto logrados dulcemente nuestros amantes pensamientos.

A gusto respondió del amante la engañada Elisa y medía las horas ya con sus deseos, como si ellas pudieran volar como ellos y el enamorado don Fernando, más puesta la mente en su gloria, más arrebatado a su cielo (todo esto imagina un amante en lo que ama y aún más) mayores enredos urdía a su pecho doble. En este tiempo sucedióle un caso no esperado: era patrón el mayorazgo de su casa de una insigne capellanía que por ser de tanta importancia la librara en los de su linaje. Murió el que la tenía, y porque no se perdiera tan gran caudal, trató don Fernando mudar de hábito, no sé si para ver si trocaba costumbres, en particular que, pues sus amores no eran para lazos de matrimonio (tal estaba de ciego su entendimiento pues entendía que ya no podía otra ninguna belleza desarrobar sus enamoradas potencias), nada le impedía para proseguirlos. Trazólo pues consigo y con su hermana, oráculo de sus movimientos, que por estarle tan bien como quien pensaba que había de heredar el mayorazgo, por ser el otro hermano llamado don Baltasar ilegítimo, estuvo fácilmente de su parte, pesándole de su determinación a don Fernando, como si Elisa supiera que él era su galán. Y apenas lo hubo consultado, cuando a pesar del novelero vulgo que se admiraba y de don Pedro que se lo reñía y de su mismo natural que no le inclinaba al estado un día amaneció con ornato y hábito clericales, no sé si solamente porque comprometió en el gusto de su querida hermana. Y en prosecución de su pensamiento se ordenó de órdenes menores deseando las mayores, lo que no permitió el Cielo por ser muy

sabido que era hijo de padres judaizantes y por tales castigados; aunque la fama también publicaba serlo de cristianos nuevos de los que salieron de Granada, y por estos dos feos lunares no pudo conseguirlo. ¿Quién dijera aquí que, reconocida la bajeza de su alma, enlodada en el cieno de tan torpes pensamientos no había de repudiar tan opuestos imposibles y cortar las raíces de aquel cáncer que tan en el último esfuerzo le puso el corazón? En nada reparó el profano don Fernando, antes no faltando a su ordinario galanteo un día le dijo a Elisa, después de haber comido con gravedad de hermano mayor:

-Hermana, ya veis el estado a que me ha llamado Dios, y aunque aquí no puedo ordenarme, pasaré a Roma para conseguirlo, con que vos gozareis más dilatado mayorazgo. Ya pues es tiempo que descansen mis cuidados, que sólo en vos puestos tendrán su justo sosiego, como deis la mano a don Pedro Ponce, mi íntimo amigo, que dice él gustareis vos de enlazar en lazos del santo matrimonio vuestro marfil con su mano, cosa que ya en vuestros ojos días ha he leído. Por eso dadme vos el sí para que yo gane más aventajadas las albricias.

Duplicadas las diera la enamorada voluntad de Elisa, si se las pidieran. Mas si supiera el fingido cocodrilo que blando la halagaba y cruel preparaba sus garras, sin duda huyera [de] las riberas lisonjeras del Nilo que pisaba. Graciosamente le dijo que su obediencia salía a todo, sólo pasase por su mano pues le tenía a él en lugar de padre, lo que tuvo por lisonja don Fernando. Y así, a la noche, el vario Proteo se vio con su dama haciendo el papel de don Pedro, donde se dieron los parabienes de sus cercanas alegrías.

En este estado andaban amores tan viciosos cuando le pareció a don Fernando que ya tenía hecha toda la traza para [la] consecución de sus últimos pensamientos. Y así, después que él mismo dijo a su hermana que se difiriesen las bodas para de allí a un mes, pues habían de ser con el aplauso debido a tan nobles contrayentes, le habló desta suerte una noche:

-Soberana señora, ¿es posible que un mes he de estar sin gozar las soberanas y altas prendas de vuestra beldad? Eso es rigor de mi fortuna y de vuestro hermano, el cual, si supiera el infierno de las esperanzas de un amante, yo sé que apresurara más el tiempo. Mas vos, querida dueña mía, podéis remediar esta tardanza haciéndome glorioso con vuestra altísima y encumbrada belleza. Y cuando vuestro hermano nos halle ¿qué hay más de culpa sino habernos anticipado a sus prevenciones enojosas?

Estas y otras razones le supo decir con tanto acierto que como si fueran balas flaqueó el homenaje de la constancia de Elisa a su poderosa batería, y señalándole para fin de sus amantes desvelos la siguiente noche, tremoló de don Fernando el estandarte sobre la desmantelada fortaleza. Parecióle en tanto lo que a los demás amantes: que tardaba la noche. Llegó al fin, tiróle una escala que la hurtó del mismo ladrón que la subía a hurtar la mejor y más estimada prenda para nueva y eterna infamia de todos ellos. No faltaron sombras y horrores con que la divina justicia le amenazaba el castigo de tan horroroso delito. Mas si estaba ciego o sordo poco o nada reparó en aparentes amenazas. Mató las luces Elisa (y claro está que tan feo caso aun no era justo que tuviera sombra de luz). Gozó finalmente el infame caballero de su deseada hermana, y no como el hijo de David topó en lo atroz del delito y en la suciedad de lo

que antes juzgaba gloria y belleza suma. Antes en mayor incendio revoleaba el alma imaginando proseguir la no ya conquista (aunque soberana a su gusto) sino posesión amada. Pero sin embargo pasó don Fernando lo más de la noche en desvelos, fingiendo que dormía a ratos, causa de que también Elisa imitase su amante falaz, hasta que el alba, entre pavesadas de sombras y púrpuras mal labradas, saltó a despertar los mal prevenidos amantes, si bien en don Fernando este sueño era cauteloso desvelo. Y desalentada la dama de que el día fuese testigo de su amoroso delito iba a dar quejas amorosas a su galán, previniéndole el haber de estar escondido todo el día, cuando (por entrar la luz por una vidriera) en vez de hallar a don Pedro en la cama halló a su hermano don Fernando. Quedó helada de la no imaginada desventura, iba a dar voces; pero ni pudo ni le dio lugar el violador hermano que, deteniéndola, le dijo desta suerte:

-¿Dónde vas, soberana encantadora? Mira a qué fines me conduce la divina violencia de tus ojos. Yo soy tu amante dos años ha. Yo soy aquel don Pedro que te hable de noche. Yo quien te daba músicas, cantaba versos, enternecía bronce, ablandaba mármoles. Todo a gloria de tu nombre. Yo soy quien sobre las aras de tu respeto sacrifiqué amorosos pensamientos, víctimas debidas a las soberanas plantas que han pisado mi altivez tantas veces. Yo soy el que, llegando finalmente a abrasarme a tu hermoso sol, no son ya mis pensamientos efímeras de un deseo, sino salamandrias eternas de la posesión. Si quieres que prosiga en ella misma, aquí más enamorado, más rendido y más bien ganado que no perdido por tu divina hermosura, o, si no, diré que me quieres dar la muerte vengativa de que no fue don Pedro el que llegó a asaltar cielos tuyos y glorias mías. Y así moriré de dos males, del de tus desprecios y del de mis celos.

-Merecías, oh engañoso hermano, lo primero que dijiste por haber cometido tal maldad con una hermana y por haber engañado así a una doncella con imposibilidades tantas. Mas ya que es hecho, por vida de tus ojos que no me pesa. (-Aquí entra el delito de Elisa-). Porque eras a los míos galán por extremo y te conozco discreto, no presumido. Pues quieres que así vivamos, vaya. Que pues ha sucedido lo más, bien puede pasar por lo que es menos. Pero atiende a que no enamores más a mi prima Estela, porque llevo mal los celos. Y es más que cierto que quien atropelló los respetos de hermana con mayor facilidad dará al través con los pundonores de prima.

Prometióselo don Fernando contento de verla apasionada. Mas no haga caso de eso que de su ejemplo puede sacar, que tal le saldrá la firmeza de Elisa. Porque si amaba a don Pedro y su pecho estaba lleno de ideas de su persona por las cuales le regía amor ¿cómo tan presto se trocó en don Fernando, sin embargo del horror del delito atroz? Prosiguieron en su torpe amor cuanto escandaloso, no al mundo porque era extraño el recato, y siendo verdad que amor es difícil de encubrir, lo encubrían con suma cautela si no a los cielos y elementos que sufrían, aunque con pesar, semejante torpeza. No había fiesta en que no codiciase don Fernando llevar a alegrar a su Elisa, ni gala salía con que no la sirviese, ni asomaba palabras de algún deseo que no fuera imperio y precepto en don Fernando. Con que uno y otro hacían poco caso de los reveses que suele dar aun el mismo amor. Dejémoslos en este estado que ya bajaba la roja espada de la justicia divina airada y fulminante contra ellos.

Don Baltasar, que a la sazón se hallaba en la casa de campo, era de natural muy distraído, y por ciertas pependencias ocasionadas de sus inquietudes vino a vivir en casa de su hermano don Fernando. Pero no salía mucho della. Era el dicho don Baltasar diestro músico y adornado de cuantas habilidades ilustran una juventud bien educada. Algo reparó en el hermano Elisa (principio de otro principio) y empezó a mirarle con cuidado o, mejor, a desviarse de mirarle porque no le ocasionase lo que a don Fernando. Pero como es frenesí amor y niño, en el punto que Elisa quiso retirarse, se halló enferma de no beber con los ojos el veneno del alma y descontenta de quitarse a sí misma su mayor contento. Con que dio licencia a los ojos para mirar, y como en la Troya del alma sólo en abrir los ojos hay bastante portillo para introducir fuego amor, hallóse con tanto en un instante que quiso despedir el alma por ociosa, puesto que no ella sino el fuego introducido la informaba: enmudecíale la vergüenza de la torpeza y como es calentura amor, del no salir a la boca en breve se sintió mala, a cuya enfermedad acudió don Fernando. Mas no era él ya el medio de su salud. Acudía también don Baltasar, y sólo con su vida daba motivos de vida a sus desmayados espíritus, de suerte que dentro de un mes convalenció Elisa, tanto que llegó otra vez la púrpura hermosa a sonrojar sus mejillas. Diose parabienes don Fernando. Elisa pidió a don Baltasar celebrase su salud con algunos versos, pues sabía de sus gracias, que no le podía faltar la de la poesía. Y él, dando a entender que ya se había anticipado su voluntad a hacer esta diligencia, ausente su hermano, cantó así, aunque dio a entender era para otros fines:

Deidad hermosa, en buen hora

en forma de serafín  
des pompa al Mayo florido  
y majestad al Abril.

Enhorabuena los campos  
te deban su carmesí,  
las plantas la alma que asoman  
y las flores su ámbar gris.

Norabuena como a Sol  
dores con bello matiz  
por honesta a la azucena  
y por cándido al jazmín.

Enhorabuena el favonio  
con aura toque sutil,  
los eliseos de tus labios  
porque después llegue a mí.

Y enhorabuena Rosaura,  
el eclipsado rubí  
sangrienta rosa amanezca  
y púrpura en flor de lis.

Celosas están las flores  
y la violeta infeliz,  
su azul guarece con oro  
yo no sé para qué fin.

Si no es que como la esmaltas  
mas noble viste telliz,

que estás honrándola en darla  
aunque esos dones no a mí.

¡Oh cuánto intenta la rosa,  
de furor blanca la ví,  
puntas despacha en tu busca,  
qué celoso frenesí!

El clavel, pues no te alcanza,  
corrido por verse así,  
inclina lánguido el cuello  
que se venga con morir.

Mal contentadizo un lilio,  
verde calza borceguí,  
que ausente de tu belleza  
replica para otro Abril.

Deja el narciso un arroyo  
cansado de verse allí,  
que su belleza ha trocado  
por ver su rostro gentil.

Tres jilguerillos acordes  
haciendo un laurel atril,  
al triunfo de tus victorias  
dulces cantaron así:

Florecillas si os mata la envidia,  
la envidia infeliz,  
Narcís sea vuestra belleza,  
belleza y mayor la de mi serafín.

Sumamente dejó enamorada y contenta la gracia con que cantó esta letra don Baltasar a Elisa, y él, que de su natural era antojadizo, dio en decir ternezas a la hermana, que las halló más admitidas de lo que fuera justo, porque las repetía y celebraba más de dos veces en su alma y fuera della a oídos del mismo don Baltasar. Por otra parte ya le iba desagradando don Fernando o por su gusto sólo o porque todo lo nuevo place o porque era natural en su liviandad la mudanza, o porque quería reconocer nuevo dueño: todas estas intercadencias y más hallará quien tomare el pulso al amor. Conocía en los ojos de Elisa don Baltasar todas estas mudanzas, que aun el rostro no sabía encubrir pensamientos del pecho y como ya de atrás llevaba dañada la voluntad desde que ordenó a su hermano la sacase del convento, no faltando desde entonces con mayor afecto a visitarla y asistirla (siempre es muy antiguo un mal deseo), le vino como deseaba o a lo menos tuvo motivo para dar nueva a pensamientos que, en naciendo, era fuerza muriesen en un pecho noble y cristiano, y así en cuanto podía daba a entender su apasionada voluntad que le supeditaba tan sin piedad los sentidos. Apurábase en los divinos ojos de su hermana y ella se remiraba en los suyos, de suerte que, como andaban los dos todos en una casa y en unos deseos, fue fácil, pues estaba la materia tan dispuesta, prender fuego más que deshonesto en los dos amantes, porque un día que, para apoyo de su pensamiento disculpaba el amor de Mirra y Semíramis probando que, como la hermosura es una dulce tiranía, no reparaba mucho el amor en los sagrados del parentesco de que daba en todas

las edades ejemplos, finalmente le vino a decir que así estaba él por su divina hermosura, sin que le amortiguase un punto aquel amoroso incendio al considerar muerta a una y otra en brazos del furor de los que amaron, la ofensa que hacía a las leyes de la naturaleza y lo que más al Cielo, que todo lo miraba. Vergonzosa es la mujer sobre todo cuanto puede ser. Pero en el punto que deja perder esta estimable joya no hay desvergüenza tan descollada que se atreve a medir los hombros con la de la mujer.

Oía Elisa a su nuevo amante con más afecto que si fueran sus palabras los acentos del músico de Tracia y cuando halló tan admirada su voluntad secreta, en premio le echó los brazos al cuello, encareciendo lo uniforme de las almas suyas y prometiendo ser suya a pesar de los tiempos, sin doblar sus potencias a cosa que no fuese muy del gusto suyo. Con que sin decirle bien se podrá imaginar la horrenda maldad que duplicadamente cometían, porque todo se lo entregó con tal que de noche no trataran de sus amores por lo que podía suceder.

¡Que haya quien pueda persuadirse a la correspondencia de dos hermanos tan solapadamente! ¡Ay miserable Elisa, en qué despeños tan inevitables te has puesto! Cumplía con don Fernando por la costumbre y adoraba a don Baltasar por el amor. De día lo pasaba con éste y de noche sufría los abrazos de aquel. Había de andar entre un infierno de temores, recatada la vista para aquel y el otro, favoreciendo al uno y despreciando en su pecho al otro. Pero en fin los dos eran el objeto de sus desatinos, y ellos andaban tan ciegos que no echaban de ver (siendo así que no hay cosa que sea más difícil de encubrir que amar) los ambiguos favores y las falsas finezas de la traidora hermana. Aquí comenzó el Cielo a dar principio al castigo, viniendo a reconocerse (si bien ignoraba de cuál de los dos) que estaba preñada. Aquí comenzaron las penas, las congojas, el afligirse, el atormentarse Elisa. Ya imaginaba que uno u otro hermano por fuerza, para desmentir el amor y la conversación, había de hacer sentimiento, porque a buena ley, aunque todos podían callar por hallarse todos interesados, pero viendo el uno que el otro hermano callaba, forzosamente había de sospechar mal de su silencio y por consiguiente venir a rastrear la verdad, si bien cada uno en sí tenía la disculpa del otro. Sola la infeliz y apasionada dama no lo hallaba de sus alevosos pensamientos y obras. Y así tal vez le parecía que uno de los dos le traspasaba el pecho o de declarados celos y agravios o de enojos. Tal vez deseaba que fuera víbora lo que alimentaba en sus entrañas que antes de salir se las partiera y quedara sin vida, tal vez le pesaba de no haber hecho diligencias para abortar pues menos mal se le seguía a ella. Entre estas dudas se atormentaba y entre estas penas que le acarreaba la culpa se afligía, y en vida tiraba gajes de condenada en sus tormentos. Si bien tal vez se los aliviaba ella misma en la imaginación de que podía el tiempo y el recato sacarle de sus congojas, pues le parecía fácil no echarlo de ver sus hermanos amantes o si no decir a don Baltasar, como a más amado de su pecho (aunque no sé si más amante, que parece que nunca se corresponden igualmente en los amores los amantes) que él era el cómplice de sus desdichas y el autor de su preñado, para que con debido silencio diese vado a sus pesares y feliz avió a sus peligros. Mas esto último, que por ventura le sacara deste laberinto, intentó por último remedio y más no poder. ¡Siempre nuestra voluntad abraza lo menos útil y quien ha de

tropezar de ordinario tropieza en lo peor!

A don Fernando según algunos efectos que en Elisa, como a espejo de sus gustos, miraba, le parecía que debía estar preñada y tal vez se lo preguntó. De que ella le deslumbraba fingiendo melindres de opilada, general excusa de algunas, bien que el rostro, claro índice de los secretos del pecho, daba harto que sospechar, y él, si bien por una parte diera mil albricias por esperar propincuo retrato de lo que idolatraba, por otra sentía lo que podría sospechar su hermano, si acaso reparase, como él mismo, en los accidentes que en Elisa miraba. Aunque esto bien fácilmente lo hallaba remediado en su mente. Don Baltasar que también, y con más razón (si el amor recíproco es más eficaz causa de la generación), se sospechaba causa de aquel efecto con no menores temores andaba vacilando, y viendo que le negaba Elisa lo que manifestaban los accidentes que miraba y lo que con callar casi también le había dado que sospechar su misma hermana, andaba buscando cómo desenvolverse de su hermano hasta que sacase al mundo Elisa el fruto que llevaba. Fabricaba un enredo y salíale mal allá en su misma idea. Volvía a forjar otro, pero los fines de todos le desazonaban los principios que le prometían feliz avío en lo que intentaba. ¡Oh qué martirios tan despiadados para todos! ¡Oh a qué fines les lleva este desatinado amor! Ordenó pues para más vivo remedio don Baltasar que cuatro valientes destos de quien se dize que son hombres de hígados (y lo creo porque es lo mejor que ellos tienen) a cierta noche, cuando llegase a entrar en su casa don Fernando (dando a entender era un caballero con quien había tenido palabras pesadas), en las hojas de las espadas le intimasen la muerte a letra vista, si no es que por no andar por las ramas usasen de algún pistolete, arma criminal e invención diabólica cuanto ejecutiva. Prometiéronlo los piadosos valientes sin cólera, pues así matan sin ella como con ella al que lo pedía, que era el mismo don Baltasar encubierto, y dándoles la mitad del salario se volvió a su casa a aguardar el efecto. Mas al entrar en ella halló a don Fernando alborotado y con una carta en la mano en que de parte de un tío que por una gran enfermedad decía estar al cabo le envia[ba] a llamar y a recoger toda su hacienda que le tocaba.

Había tres o cuatro días que fingió don Fernando estar muy indispuerto como quien por aquí ponía en su punto la trama. Y así, en fe de su indisposición, suplicó al hermano partiese al otro día a despedirse del tío y a recoger lo que le dejaba en testamento si moría. No resistió don Baltasar imaginando que con la muerte de don Fernando forzosamente había de cesar su ida, que ya le tenía odio mortal pues le miraba como a sobrecejo ofensivo de sus glorias. Fuese, con todo, a pasear por la ciudad, y a una casa de juego, jugó, perdió y picóse y acabó, ya de noche, de perder el dinero que llevaba. Mohíno, pues, fuese hacia su casa y, sin imaginar que aquella era la noche en que tenía ordenado fuese la última de don Fernando, se halló en medio de los cuatro concertados valientes que, envistiéndole juntos, le dieron harto bien en qué entender; aunque huyeron presto, porque dando a don Baltasar una pequeña herida, juzgándola él mortal, gritó confesión. A cuyas voces sacaron luces y entraron al herido en su casa. Quedó absorto don Fernando de la desgracia de don Baltasar y Elisa, como amante y como quien tenía herida el alma en la pequeña de don Baltasar, casi llegó a desmayarse. Desnudáronle y hallaron que era más el

susto que el peligro. Preguntóle su hermano qué desgracia había sido aquella y él dijo que cuatro hombres le quisieron quitar la capa, cosa que estaba mal a su brío, pues la defendió bien, que por poco le costara cara la defensa. Maldijo de secreto a los ladrones don Fernando porque le impedían a don Baltasar la ida, y si él supiera el caso los maldijera porque no le quitaron la vida. Con esto ya se quedaba en casa el hermano herido porque, aunque la herida no era peligrosa, pero ya era manifiesto que no se pondría en camino, cosa que don Fernando sentía como a tropiezo de sus intentos, pues había escrito al tío que para apoyo de los suyos le detuviese un mes a don Baltasar, el cual, viéndose así, casi echaba bendiciones a los que le quisieron matar pues por lo menos ya no moría a manos del mal de ausencia, que en el amor todo se reputa por menos mal. Antes imaginó que forzosamente don Fernando había de ir a la cobranza de la hacienda, y así le dijo una tarde:

-Aquellos capeadores fueron causa, hermano amado, de no poner yo en ejecución vuestro mandamiento, lo que siento más que el alma. Mas, pues es forzada la asistencia de uno de nosotros dos, ya veo que os habéis de ir, cosa que me lastima más que la herida. Pero pues no puede ser menos, suplícoos vengáis presto a vuestra casa.

-No, hermano, no os lastime mi ausencia -dijo don Fernando-, porque yo he hecho un procurador; que no es justo que por cobrar una poca de hacienda os pierda a vos, dejándoos en manos de vuestro peligro.

Y haciéndose mil solapados cumplimientos quedaron en que ninguno de los dos dejase su casa, pesándole a cada cual por lo que podía suceder si acaso de allí a algunos días pariese Elisa, cosa que ella encubría todavía, sin duda para su castigo.

Estaba pues don Baltasar casi bueno ya de su herida una noche, cuando, a deshora, oyó gritos y voces en el cuarto de Elisa, y lo mismo don Fernando, corriendo ambos a ver lo que podía ser y llegando juntos no vieron más que Elisa asida a un pilar de su cama dando gritos.

-¿Qué es esto? -dijeron ambos-. ¿Qué te mueve a despertar así?

-¿No lo veis? -dijo-. Dolores son de parto que me afligen y harto lo quise encubrir, pero ha sido imposible según el tormento insoportable (¡Ay Dios!) que me causan.

-Pues ¿cómo es esto? -dijo don Fernando-, ¿de quién estás tú preñada, infame aborto de nuestro linaje? ¿Cómo, y es posible que esta mancha había de caer en tan noble sangre? ¡Dí de quién estás preñada o has de morir a manos de mi venganza!

Asombróse Elisa de ver hablar así a su hermano amante y con todo eso presumió que lo hacía por estar presente don Baltasar que, con no menores amenazas, inquiría la causa de su preñez reputando por justo celo el de don Fernando y temiendo lo mismo que preguntaba, como don Fernando también. Todos estaban colgados de la boca de Elisa que era la que había de condenar o librar y ella, con los vehementes dolores, apenas podía hablar. Así pues andaban cuando se le mitigaron, que no quiso Dios saliese a la luz del mundo efecto tan opuesto a la naturaleza, ni menos consintió que muriese en brazos de sus dolores que eran piadoso [a]taúd para las muchas culpas de Elisa. Insistían pues los hermanos en la pregunta y ella, de vergüenza del uno, no se atrevía a decir el delito del otro, hasta que en fin, resuelta en confundirlo todo, abrió los labios para decir esta

mentira:

-Ya veis, hermanos, que no es éste el primer delito que el amor ha causado en el mundo. No sé si estáis sujetos a sus luces. Yo me rendí a ellas dos años ha (¡ay, cuán por mi mal!); adoro a don Pedro Ponce, el íntimo amigo de don Fernando, y él ha dado tanto en admitir mis amorosos cuidados, haciéndome patentes los suyos, que yo, hallándome agradecida, di franca entrada a sus finezas para que se lograsen, con palabra, empero, de casamiento. Gozóme en efecto, porque por un balcón echándole yo una escala, asaltó la fuerza que tan pertrechada tenía vuestro recato con las armas del noble honor. Esto es la verdad, hermanos. Perdonadme o, si me habéis de matar, permitid que a los pies de un confesor asegure los riesgos de mi alma ya que es imposible estorbar los de mi vida.

Esto todo decía Elisa para que don Fernando conociese, según las señas, la causa del efecto que miraba. Pero (¡oh rabiosos celos, hijos al fin del amor, aunque bastardos, pero siempre parecidos al padre, ciegos como él!) no imaginó don Fernando sino que era verdad todo cuanto decía Elisa, y que el recelarse de él era por lo que decía. Don Baltasar, así también celoso, no discurría más que en su arrebatada pasión; procuraba sosegar el pecho pero no podía, antes arrojando rabia y veneno decía que diesen la muerte a la infame hermana. Mas don Fernando, como mayor de edad y por ventura más amante, dijo a don Baltasar le siguiese y dejando encerrada a Elisa en su aposento fuéronse a un retrete a consultar lo que se había de hacer en aquel caso. Parecíales fuerte cosa que, con capa de amigo, don Pedro hubiese hecho un exceso tan fuera de las leyes de amistad y determinaban consigo hacerle casar por fuerza. Pero esto no les parecía tampoco bien (a más de que no lo consentía ver casada a Elisa con don Pedro ni su amor ni sus celos) para dar ese gusto a Elisa, de quien decían consigo haber dado aquel avío para librarse de ambos. Dar la muerte a Elisa, aunque lo dijeron, no lo consentía el amor, puesto que ofendidos, porque cada uno daba excusas de frágil o de engañada a la hermana, si bien que amor por amor, justo juzgaban el de don Pedro más que no el suyo, que fue mucho para ciegos. En fin, por remate de sus consejos, fue decretado, por lo que podía tener de verdad lo dicho por Elisa, que había de morir don Pedro. Esto determinaron, y así, esa tarde que don Pedro había salido al campo con una hermana suya, escondiéronse don Fernando y don Baltasar en un bosque que se remataba en el camino por donde había de pasar. Y ya muy de noche volvía don Pedro sin temer caso adverso, porque como no se sabía enemigos, por ser caballero amable y bien quisto, volvía sin recelos por aquella parte donde estaba la cautelosa emboscada, cuando, emparejando don Pedro, ayudando la oscuridad de la noche, le tiraron por las espaldas con un venablo una punta tal que le pasó de parte a parte. Pudieron hacer esto muy a su salvo por estar fuera de la ciudad. Y aunque la infeliz y hermosa hermana gritaba con dolorosas voces, aunque sin conocer los delincuentes, tuvieron tiempo de recogerse a una quinta que no muy lejos de allí era, antigua hacienda de sus padres. Y en la misma noche enviaron por Elisa que, metida en un aposento de la quinta, oyó de los dos en uno estas despiadadas razones:

-Ya hermana, indigna de serlo nuestra, estás vengada. Ya murió a nuestras manos tu galán (por su mal) don Pedro, aquel falso amigo nuestro, y lo mesmo hiciéramos de ti a no impedirlo el ser nuestra sangre. Pero

vive bien de aquí adelante que éste será el más seguro camino de agradarnos.

-Desventurada de mí -dijo en esta ocasión Elisa, acompañando los gritos con el sentimiento- ¿Qué habéis hecho, hermanos rigurosos y más fieros que los despiadados tigres que viven los desiertos? Yo nunca tuve amores con ese desdichado caballero que decís murió a vuestras manos, ni él en algún tiempo ofendió mi recato ni vuestra honra. Díjelo por no avergonzaros a los dos con vuestro delito y por no publicar yo a vista de los dos mi inaudita infamia para después, pues era fuerza decirlo a cada uno, cuya era esta desgraciada prenda de mis entrañas. Consultad ambos a dos de quién es, que de uno de los dos ha de ser por fuerza porque sólo vosotros dos habéis gozado de mi funesta hermosura.

Lloró Elisa quedando casi sin sentido. Enmudecieron los dos desengañados hermanos con la culpa atroz. Miráronse unos a otros y un hielo frío discurrió por los miembros de ambos: ni sabían, regidos de la pasión y de los celos, si se darían muerte el uno al otro. Pero en la culpa del uno hallaba el otro su disculpa. Ignoraban lo que les había sucedido porque hay cosas que, aunque se miran, no se creen. Ponderaban consigo el atroz delito de haber muerto a don Pedro, el íntimo amigo de don Fernando, sin culpa, que eso les hacía más interior guerra, por considerarse se harían diligencias exquisitas por hallar los agresores. Y así, sin saber cómo, se salieron de la presencia de Elisa que aguardando la muerte por instantes todo era llorar y maldecir sus torpes amores y su desgraciada hermosura pues a tales fines se miraba conducida. Don Baltasar pues, y don Fernando, ya que más distintamente la pasión les dejó discurrir sobre lo hecho, en vez de reñir se concertaron ¿qué mucho si conformaban en una misma maldad, si se hallaban cómplices de un mismo delito y si confusos en una misma atrocidad?

-¿Qué haremos -decían- con tan disforme carga a los hombros? Decir a Elisa que calle la muerte de don Pedro, ya que llegó a su noticia, no sé cómo podrá ella obligarse a un imposible y nosotros creerlo de ella, siendo mujer. No avisarla será yerro pues puede sin pensar algún día decir nuestra culpa. Haber de estar sujetos a su lengua toda la vida, fuera de que es insufrible a un hombre, es también un género de muerte prolongada.

Determinaron, en fin, más que nunca bárbaros, dar muerte a Elisa y a lo que en las entrañas contenía. Porque aunque el amor detenía los aceros, pero el temor de ser descubiertos les aceleraba la que también llamaban venganza, por haber consentido con el segundo hermano el ilícito ayuntamiento. Entraron pues de tropel y furiosos, sin atender a verter su misma sangre y a la preñez, negándole asimesmo que se confesase (¡qué maldad y qué asombro!): fueron tantas las puñaladas que le dieron a la miserable e infausta Elisa que parece que se halló el alma confusa y dudosa sobre el por qué puerta había de salir. Cayó el funesto cadáver, y dándole en las entrañas, antes de ver la luz lo que llevaba en ellas, pasó a las tinieblas de otro seno.

¿A qué puede llegar más la humana crueldad? ¡Oh de cuántos desastres es causa un desatino! Cerraron la cuadra los infames fraticidas, cubrieron el cuerpo, fuéronse a su casa y, prevenidos de las mejores joyas de oro, llevados de su temor, en dos poderosos caballos salieron a toda prisa de la ciudad. Mas no llegó el sol a rallar las eminencias de los

montes que no pareciese con la luz su maldad inaudita. Porque hallando la casa que en la ciudad tenían cerrada, un íntimo amigo de don Fernando, donde iba a hablarle en ciertos negocios de importancia, imaginando hallarlo en la quinta, pidió por él al casero de ella. El cual, según lo que había oído de la boca de los dos, dijo al amigo que don Fernando y su hermano habían ido a casa y repitió el que venía:

-Pues ¿cómo no está la señora Elisa en casa?

Y fuele respondido que estaba en su aposento en la quinta y que por ventura estaría ya despierta. Subió a verlo, pero ni por muchos golpes que dio a la puerta se le respondió de adentro. De lo cual, admirado el casero y el caballero que subió al ruido, echaron por tierra la puerta y vieron el doloroso espectáculo. Y sospechando lo que podía ser, pues la vieron preñada, dieron corriendo nueva a la Justicia, los ministros de la cual entonces también andaban haciendo vivas diligencias e inquisiciones públicas y secretas de los homicidas de don Pedro, cuya muerte en general había lastimado a toda la ciudad. Y si bien por ser amigos don Pedro y don Fernando y por las circunstancias de hallar muerta a Elisa podría sospechar algo, pero este mismo suceso les hizo errar el blanco de la verdad, pues imaginaron que huían no más de haber muerto a Elisa.

Estaban, por la muerte del referido caballero, algunos hombres presos no más de por la sospecha que la avivaban algunos entre testigos y falsos, pues deducían antiguas malas voluntades, causas de la venganza. Y como el padre de don Pedro era persona principal instaba a la prosecución del castigo con tanto vigor que luego les pusieron a cuestión de tormento. Y como eran crueles los que les dieron confesaron los desdichados el delito que no habían cometido. Con que, condenados por su boca y no por sus manos, ya los disponían para ser ajusticiados según las leyes severas disponían.

Dejémoslos así, que la inocencia los libraré sin duda, y volvamos a los dos huidos hermanos que en la ligereza de sus caballos confiaban. Huían de la justicia de la tierra mas vinieron a dar en la justicia de Dios que les venía a los alcances. Llegaron con la prisa que les daba su miedo, después de algunos días de camino, a un pueblo, playa limpia y espaciosa del mar andaluz, con designios de pasarse a Italia, imaginando en el mar Mediterráneo esconder y arrojar la gran carga de sus culpas, pues ellas no eran para parar en España. Concertaron pues con el capitán de una nave inglesa que pasaba a Nápoles el viaje. Y una tarde que habían entrado los dos en un esquife a ver la capacidad de la nave y a informarse de las prevenciones que habían de hacer para la comodidad mayor que buscaban, al saltar en tierra uno, no sé cuál de los dos hermanos no acertó con ella porque cayó al agua al tiempo que el esquife llegaba, con la furia de las olas, a topar con las peñas; y en vez de chocar con ellas encontró al miserable caballero que luego allí, entre el barco y las peñas, fue hecho menudas piezas a vista del otro hermano que atónito miraba el despedazado cadáver. Y luchando con el temor y horror del castigo que consideraba de la mano de Dios, no apartándosele de los ojos el muerto don Pedro y la difunta hermana, fuera devaneo de sus sentidos, idea de su miedo o verdadera fantasma que le amenazaba el merecido infierno. Llegó al mesón por dar orden de enterrar lo restante del cadáver de su desgraciado hermano que, a la orilla, la piedad de algunos

pescadores había sacado ya, y apenas contaba el sucedido desastre cuando le arrebataron las bascas de la no esperada aunque temida muerte, y aunque lleno de rabia y despecho su corazón, viéndose rendido tan presto a la fiereza de una pasión tan repentina, llamó a un confesor y contóle los sucesos de su vida hasta los fines con que se miraba. Reconoció el docto médico del alma lo que importaba el declarar su delito, siquiera para que no padecieran aquellos presos inocentes. Ordenóle que lo confesase delante de un Notario, y firmándolo de su mano y apenas lo había hecho, cuando, con mortales ansias, con suspiros llenos de despecho, con pena de dejar la vida, expiró tan inquietamente que dio más que medianas señales de que se iba condenado para el infierno.

Entendieron los médicos que murió sólo de horror y del miedo, pues no le conocieron otro mal alguno. ¡Tremendo suceso por cierto! El confesor despachó por la posta a la ciudad con el aviso y confesión del muerto y llegó tan a tiempo que ya sacaban a degollar a tres de los inocentes. Éste es el suceso más horrendo que yo he visto ni oído. Quiera el Cielo que queden escarmentados los que acertaren a leerle, pues conseguirá la fatiga que he tenido en referirle su más decente recompensa.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

